

Covid-19 y crisis económica: ¿hacia un nuevo paradigma?

*Cruz, Moritz**

<https://orcid.org/0000-0002-0851-1214>

**Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Económicas, Distrito Federal, México*

E-mail: aleph398@gmail.com

Recibido: 16 de diciembre de 2021 / **Aprobado:** 21 de diciembre de 2021 / **Publicado:** 28 de diciembre de 2021

DOI: <https://doi.org/10.24133/sigma.v9i01.2629>

Investigación realizada gracias al Programa UNAM-PAPIIT, IV300320.

Resumen

La crisis del 2020 representa una vuelta de tuerca más en la eventual sustitución del modelo neoliberal. No es casual que así sea. Las crisis económicas develan los peores males del modelo prevaleciente. Uno de ellos ha sido la lacerante desigualdad económica y social que ha producido. Un dato reciente: el 1% más rico posee más del doble de la riqueza que 90% de la población mundial. Ante una situación así, las propuestas para sustituir y modificar el modelo neoliberal han ido en aumento. En este trabajo, por un lado, analizamos las deficiencias del modelo neoliberal a la luz de las crisis del 2008 y 2020 y por el otro presentamos diversas propuestas a dicho modelo. Encontramos que tales alternativas coinciden en intentar recuperar el bienestar para la mayoría de la población en un ambiente de sustentabilidad con el medio ambiente. La gran interrogante es qué exactamente sustituirá al modelo neoliberal.

Palabras clave: Covid-19; Crisis económica; Modelo Neoliberal; Desigualdad económica y social.

Covid-19 and economic crisis: towards a new paradigm?

Abstract

The crisis of 2020 represents another turn of the screw in the eventual replacement of the neoliberal model. It is not by chance that this is the case. Economic crises reveal the worst evils of the prevailing model. One of them has been the lacerating economic and social inequality that it has produced. A recent fact: the richest 1% have more than twice the wealth of 90% of the world's population. Faced with such a situation, the proposals to replace and modify the neoliberal model have been increasing. In this work, on the one hand, we analyze the deficiencies of the neoliberal model in light of the crises of 2008 and 2020 and, on the other, we present various proposals to this model. We find that such alternatives coincide in trying to recover well-being for the majority of the population in an environment of sustainability with the environment. The big question is what exactly will replace the neoliberal model.

Keywords: Covid-19; Economic crisis; Neoliberal Model; Economic and Social Inequality.

Introducción

El colapso económico mundial del 2020 (el decrecimiento del PIB fue de -3.4%) derivado del confinamiento sanitario impuesto por la emergencia del virus COVID-19, representó una vuelta de tuerca más sobre la ineficiencia, ineffectividad e inviabilidad del modelo económico neoliberal. En efecto, este modelo, caracterizado en su esencia fundamental por la privatización, la apertura comercial y financiera y la desregulación, en otras palabras, por el fundamentalismo del libre mercado como medio y fin económico, había iniciado a arrojar serias dudas sobre su viabilidad en los países avanzados a partir de la Gran Recesión de 2008. Con al menos una década de antelación, dichas dudas habían dejado de serlo en la gran mayoría de las naciones en desarrollo que habiendo implementado dicho modelo ya habían sufrido al menos una crisis profunda (ver Cruz y Lapa, 2012) y sus expectativas de progreso económico permanecían en el mejor de los casos estancadas, y en el peor en franco retroceso.

Así, con la crisis del 2020, se evidenciaron por igual, aunque con diversos grados de seriedad, consecuencias y riesgos del modelo

que no eran hasta entonces evidentes, no se habían materializado o bien eran desconocidos. Entre ellas, el insuficiente y precario servicio de salud, mismo que fue privatizado o de plano abandonado bajo el auspicio de la austeridad fiscal; otra fue la fragilidad de la oferta, toda vez que ella se insertó en un modelo de fragmentación (o cadenas globales de valor) que ante la ausencia de mano de obra colapsó, causando escasez y el consecuente incremento de precios, mismo que se ha esparcido por todo mundo. Más aún, la crisis evidenció con totalidad la brutal desigualdad del ingreso entre y dentro de los países, misma que incluso durante la crisis no hizo otra cosa que profundizarse.

Todo lo anterior, insisto, parece indicar que los días del modelo neoliberal están contados. Se abre así la perspectiva de un nuevo modelo económico. La intención de este trabajo es precisamente presentar las causas que han generado nuevos horizontes y reflexionar sobre hacia dónde se dirige el nuevo paradigma económico. Aunque el cambio implica siempre miedo por el simple hecho de aventurarse en lo desconocido, en cualquier caso el peor escenario para el conjunto de la población es mantenerse

apegados al modelo neoliberal.

La estructura del trabajo es como sigue. La siguiente sección presenta los riesgos y debilidades del modelo neoliberal que plasmados en las crisis económicas abrieron la puerta a nuevas propuestas económicas. Después se presentan algunas de las alternativas al modelo neoliberal. La sección final presenta las conclusiones.

Sobre la ineffectividad del modelo neoliberal o lo que las crisis develan.

Aunque la poca efectividad del modelo neoliberal para mejorar las condiciones de vida de la mayoría de la población había quedado de manifiesto en los países en desarrollo desde la década de 1990, cuando un grupo numeroso de ellos sufrió crisis ingentes, no fue sino hasta la Gran Recesión de 2008 que los hacedores de política, la academia e incluso las instituciones internacionales comenzaron a dudar seriamente sobre él. La razón de lo anterior tuvo dos elementos ausentes en eventos similares previos. Primero, un periodo relativamente largo de tiempo (1985-2007) en que la estabilidad macroeconómica reinó (principalmente en Estados Unidos), y que fue bautizada como la Gran moderación, dando pie a la idea, diseminada desde la academia, de que por fin se había alcanzado la época en que las grandes fluctuaciones macroeconómicas habían quedado atrás y que lo único por venir era la estabilidad. Se llegó incluso a afirmar que no había nada nuevo por descubrir en la macroeconomía. En este contexto, el segundo elemento fue que el epicentro de la crisis ocurrió donde supuestamente no debía hacerlo, es decir en el adalid del neoliberalismo, esto es en la economía estadounidense.

La combinación de ambos elementos evidenció con fuerza las debilidades y riesgos del modelo, mismas que, como se señaló, ya se habían manifestado en las economías en desarrollo. Entre esas debilidades que quedaron de manifiesto con la crisis del 2008, vale la pena apuntar las siguientes, pues son piedra angular del cambio de modelo que se está viviendo. En primera instancia, la inoperatividad de los mercados para autorregularse y autocorregirse. El argumento central de la visión neoliberal ha sido que los mercados, a través del mecanismo de precios flexibles, permite alcanzar y mantener el equilibrio entre oferta y demanda en los mercados, evitando así ganancias y pérdidas extraordinarias. Es, en suma, el precio mismo quien regula a los agentes económicos y sus variaciones permiten la doble función de mantener el equilibrio y de regresar a él. Lo que mostró la crisis del 2008 es que esto es incorrecto y que ocurre todo lo contrario. Es decir, que los precios, particularmente en ambientes desregulados, no necesariamente equilibran la oferta y la demanda y que tampoco evitan ganancias y pérdidas extraordinarias.

Por otra parte, al no funcionar el mecanismo autocorrección, la crisis evidenció la necesidad de recurrir al gobierno para solventar el colapso. Y aquí, nuevamente, el modelo mostró otra más de sus ineficiencias. Desde la década de los 70s del siglo pasado, la política monetaria pasó a reinar como la única que los hacedores de política deben utilizar para lograr metas de estabilidad y de crecimiento. En este proceso, se desdeñó a la política fiscal por ser, se argumentaba, la causa de grandes desequilibrios macroeconómicos y de crisis, reduciendo su

papel a la de contribuir a la estabilidad a través del superávit o equilibrio fiscal. En el escenario de la crisis, la política monetaria mostró su inoperatividad al ser incapaz de recuperar la senda de crecimiento. Es decir, ni la tradicional disminución de la tasa de interés ni la llamada política monetaria heterodoxa consistente en inyectar dinero al sistema financiero para proveerlo de liquidez (conocida como *monetary easing*) funcionó ni para reactivar la actividad económica ni para regresarla a su equilibrio. Por lo tanto, a los hacedores de política no les quedó otra opción que la de regresar a la política fiscal, en particular al gasto público para impulsar la demanda e iniciar así la senda de recuperación. Desde la Gran Depresión de 1933, el mundo no había confiado su recuperación de manera tan fundamental a la política fiscal, en una visión marcadamente Keynesiana, como en la Gran Recesión de 2008.

Al ser la apertura comercial y financiera uno de los fines centrales del modelo neoliberal, la crisis del 2008 puso de manifiesto el riesgo de contagio que subyace a la globalización. Así, el colapso financiero ocurrido en Estados Unidos se expandió a prácticamente todo el mundo debido precisamente al libre flujo de capitales de una economía a otra. En este sentido, la bancarrota de grandes bancos de inversión estadounidense se expandió, en efecto dominó, a todos los centros financieros que tenían relaciones financieras con ellos. Y estos a su vez, contagiaron a otros centros financieros y así sucesivamente, con el resultado de una crisis bancaria global. Paralelamente, al contraerse la actividad económica estadounidense, y al ser ella el mayor centro comercial, las importaciones de diversos

países siguieron la misma ruta, afectando negativamente su actividad económica. Esto a su vez afectó las exportaciones estadounidenses, contribuyendo al freno de dicha economía. Este proceso de contagio se retroalimentó hasta que se puso en marcha la política fiscal expansiva. En suma, el contagio comercial y financiero ocurrido durante la Gran Recesión puso de manifiesto el lado perverso de la globalización.

En la reciente crisis del 2020, además de confirmar el riesgo que implica depender altamente de las exportaciones y por lo mismo del dinamismo económico del o los socios comerciales, se manifestaron otros dos riesgos que hasta entonces eran desconocidos, y que están estrechamente relacionados. En la búsqueda de maximizar ganancias, las empresas han diseñado una estrategia de producción consistente en fragmentar la producción en diversos centros de producción. Bajo esta lógica, conocida como cadenas globales de valor, han procedido a ubicar las tareas más esenciales (como ensamblar) en lugares que geográficamente están cerca de su centro de demanda y que al ser abundantes en mano de obra, tienen bajos costos salariales. Con la crisis del 2020, el confinamiento sanitario obligó a miles de trabajadores a dejar de asistir a sus centros de trabajo, por lo que la producción se contrajo. Ante una demanda que inicialmente también se redujo, no parecía haber mayor problema con los precios. Sin embargo, la recuperación que ha ido ocurriendo desde 2021, ha provocado aumentos de demanda que frente a una oferta aún insuficiente ha dado lugar a creciente inflación. Esta inflación está impactando al mundo en general, y es un fenómeno nunca visto ya que la fuente de esta inflación es insuficiente

producción de insumos que generan cuellos de botella a nivel global, debido precisamente a la forma de producción fragmentada. Un hecho también inusitado y digno de destacar es el que sea el sector manufacturero en donde esté ocurriendo el desabasto. Este sector se caracteriza por adecuarse rápidamente a choques de oferta y demanda. El que no hay ocurrido así plantea la pregunta de cómo la fragmentación productiva ha modificado dicha característica.

Otra deficiencia del modelo neoliberal, quizá la más grave, evidenciada con la crisis de 2008 y magnificada con la de 2020, ha sido haber dejado atrás a gran parte de la población en el

camino del progreso económico. Es paradójico que con un ingreso per cápita promedio mundial en 2019 de alrededor de US\$(PPP) 17,000, mismo que de acuerdo con criterios del Banco Mundial, todos los países del mundo serían de ingreso alto, existan desigualdades mayúsculas. Por ejemplo, que un puñado de individuos posea más del doble de la riqueza de alrededor de 90% de la población del mundo; o que casi la mitad de la humanidad viva con menos de US\$5.5 al día; o que la riqueza apenas contribuya a la recaudación; también resulta inadmisibles que uno de cada cinco niños esté sin escolarizar y que por cada 100 niños sin escolarizar haya 121 niñas a las que se les priva de ese derecho (ver Tabla 1).

Tabla 1

Pobreza extrema vs riqueza extrema: ¿cuál es la magnitud de la desigualdad?

El 1% más rico de la población posee más del doble de la riqueza de 6900 millones de personas	Casi la mitad de la humanidad vive con menos de US\$5.50 al día
Tan sólo US\$0.04 recaudado se obtiene a través de impuestos sobre la riqueza	Los súper ricos eluden hasta el 30% de sus obligaciones fiscales
En la actualidad, hay 258 millones de niñas y niños sin escolarizar: uno de cada cinco	Por cada 100 niños que están sin escolarizar, hay 121 niñas a las que se les priva su derecho a la educación
Cada día, 10 000 personas pierden la vida por no poder costearse la atención médica	Cada año 100 millones de personas se ven arrastradas a la pobreza extrema por los gastos médicos que deben afrontar
Los 22 hombres más ricos del mundo tienen más riqueza que todas las mujeres de África	El trabajo de cuidados ejercido por mujeres equivale a US\$ 10.8 billones anuales de la economía mundial

Fuente: *Elaboración Propia*

Es claro entonces que la producción y riqueza generada durante el modelo neoliberal están inequitativamente distribuidas, dejando en el desamparo a millones de familias e individuos. Y que lejos de mejorar tal situación, se agrava. Con la crisis de 2020, los más ricos aumentaron

su riqueza, mientras la mayoría de la población que en el mejor de los casos vio reducido su ingreso y riqueza y en el peor perdió su empleo. De acuerdo con Chancel *et al* (2022), en 2020 el 50% de los más pobres poseía apenas 2% de la propiedad privada (bienes raíces, activos

financieros y empresariales y deuda neta), mientras el 10% de los más ricos poseía 76% del total.

En este contexto, al menos tres postulados o hipótesis relevantes del modelo neoliberal se han derrumbado. Por un lado, la idea de que con el tiempo habrá una convergencia de ingreso y niveles de vida entre naciones, y dentro de las mismas (ver, Mankiw et al, 1992). Ha ocurrido lo contrario. Las diferencias entre países se hacen cada vez más grandes o bien se mantienen sin cambio. Por ejemplo, el ingreso promedio por persona de México en 2019 representó 15% del de Estados Unidos, mientras que en 1980 era de 25%. Para poder acercarse a los niveles de ingreso de economías avanzadas, debe recordarse, es indispensable que las economías en desarrollo aceleren de manera sostenida su crecimiento económico por largos periodos de tiempo. El modelo neoliberal ha propiciado exactamente lo opuesto. Es decir, ha producido ciclos de avance y freno, retardando de esta manera la convergencia hacia las economías avanzadas que, por otro lado, difícilmente ven frenado su crecimiento. Lo mismo pasa dentro de las economías, donde en vez de que el grueso de los trabajadores incrementen su ingreso, se estanca o reduce, alejándose cada vez más del ingreso de los capitalistas. América Latina y el Medio Oeste son las regiones con el mayor nivel de desigualdad en el mundo, seguidas por Rusia y el África subsahariana, donde el 50% más pobre posee apenas 1% de lo que es posible poseer mientras el 10% más rico posee el 80% de la propiedad privada. Incluso en regiones avanzadas no hay signos de grandes avances. En Europa, el 50% más pobre posee apenas 4% de

la propiedad privada, comparada con el 58% que posee el 10% más rico (Chancel *et al*, 2022).

La otra hipótesis que también se ha derrumbado, sustenta que la riqueza se filtra (*trickle-down*) desde arriba, por lo que para reducir la pobreza y la desigualdad es condición *sine qua non* apoyar a los capitalistas (especialmente a la grandes), principalmente a través de menores impuestos (ver Aghion y Bolton, 1997). Crisis tras crisis, reforma tras reforma, esta recomendación se ha instrumentado de manera consistente, sin que el sirva para estimular la inversión. Por el contrario, ha generado mayor desigualdad al incrementar la riqueza de los capitalistas. Una razón muy simple de lo anterior es que no hay argumento dentro de la teoría, otro que la racionalidad de los agentes, para esperar que ante el aumento de las ganancias vía menores impuestos, los capitalistas vayan a reaccionar invirtiendo dichas ganancias en vez de acumularlas.

Finalmente, el argumento de que las “cosas se pondrán peor antes de mejorar”, enmascarado en el supuesto de umbrales o Us-invertidas también ha probado ser fallido, por decir lo menos. Un ejemplo al respecto es la visión de que el cambio estructural o el desarrollo económico mantiene una relación inversa con el bienestar hasta cierto umbral. En efecto, la propuesta de Kuznets (1955; ver también UNCTAD, 2012) señala que durante las etapas iniciales de desarrollo económico (es decir, cuando tanto la fuerza de trabajo como el PIB están dominados por el sector agrícola), será normal observar un deterioro del bienestar. La razón: los salarios del sector urbano crecerán más rápido que en el resto de los sectores porque la productividad de

las empresas manufactureras, que dominan en las ciudades, es mayor que en el resto de los sectores productivos. Recordemos que esas empresas se caracterizan por tener rendimientos crecientes. Por el contrario, la tecnificación y por lo tanto la productividad y los salarios crecen más lentamente en las actividades rurales. Esto hará que los ingresos de los trabajadores urbanos sean mayores que los de los rurales, generando una brecha salarial entre ambos sectores.

No obstante, continua el argumento, esto cambiará tan pronto la productividad del sector primario, debido tanto al uso de tecnología más moderna como a la disminución de los trabajadores, aumente, y con ello los salarios. La brecha salarial entre trabajadores urbanos y rurales comenzará a reducirse, dando inicio a un aumento generalizado del bienestar. Es decir, la relación inversa entre desarrollo económico y bienestar cambiará, marcando la etapa donde la sociedad se torna más y más igualitaria. Como hemos señalado, ha pasado exactamente lo opuesto, toda vez que la brecha de desigualdad dentro de los países se ha acentuado.

Adicional a lo anterior, y por si fuera poco, debe apuntarse la desilusión que ha significado el modelo para alcanzar una mejor vida a través de la educación, y paralelamente la humillación para quienes por razones fuera de su alcance se quedan fuera de ella (ver Tabla1). Nos referimos a lo que se ha dado en llamar la tiranía de la meritocracia (Sandel, 2020). Ella hace referencia a cómo en la sociedad actual se valoriza la inteligencia, igualada en general con un título universitario, y en ese sentido las retribuciones salariales asociadas a esas credenciales suelen ser elevadas, mientras que, por el otro lado, se desvaloriza a

quienes no logran dicho título, estigmatizándolos como no exitosos (e incluso como tontos). Los trabajos realizados por éstos son poco valorados y en consecuencia con bajas retribuciones salariales. La tiranía de la meritocracia entonces socava la autoestima de quienes, por alguna razón, no consiguen un título universitario y al mismo tiempo profundiza la desigualdad del ingreso. Pero no sólo eso, promueve la humillación y el resentimiento es quienes no son exitosos y la soberbia entre quienes sí creen serlo. Estos piensan que haber logrado un título universitario y obtener un trabajo con un salario adecuado fue una tarea exclusivamente suya, lograda sin ayuda. Este hecho fomenta a su vez la pérdida de empatía de los grupos hacia quienes no consideran sus pares. Y como consecuencia ocurre una disminución de la solidaridad en la sociedad. La tiranía del mérito en suma acentúa la división social y la desigualdad económica inherentes al modelo neoliberal.

Dados los argumentos precedentes, vale la pregunta sobre si acaso bajo el modelo neoliberal estamos mejor que antes. O si acaso somos más felices. El deterioro del bienestar generalizado, como se ha señalado, no parece indicar una respuesta positiva. Es decir, el modelo ha causado mayor infelicidad e incertidumbre al imponer la igualdad éxito = dinero = felicidad. La prevalencia de la ideología del hombre-económico, resumiendo, no sólo no ha entregado los resultados prometidos sino también ha destrozado el tejido social.

El modelo también ha mostrado su ineficiencia para responder a impactos económicos, ecológicos y epidemiológicos. Esto ha llevado a buscar estrategias de organización

y administración alternativas, que rompan de alguna forma con la inercia del neoliberalismo, es decir con los modos convencionales del pensamiento. En la siguiente sección abordamos tales estrategias.

¿Existen señales de un cambio de paradigma económico?

Una de las señales más claras del fracaso del modelo neoliberal es el creciente número de propuestas que intentan ajustarlo o que señalan soluciones alternativas o iniciativas transformistas a sus principales prioridades y fines (ver Klees, 2020). En todo caso, parafraseando a Gramsci, aunque estamos viviendo la muerte del modelo, el nuevo no termina de nacer y en ese interregno seguramente veremos una gran variedad que pueden producir males peores.

La buena nueva es, sin embargo, que el surgimiento de tales propuestas indica que sí hay alternativas, que es posible ajustar al capitalismo actual, buscando que la mayoría de la humanidad viva en mejores condiciones y paralelamente las futuras generaciones puedan también gozar de esas o mejores circunstancias. Algunas de estas propuestas, es importante destacarlo, ya están siendo practicadas. Es cuestión entonces de voluntad, de vencer los grandes intereses para poder avanzar hacia un sistema que proporcione mejores opciones de vida para la mayoría de la sociedad, y en armonía con el medio ambiente.

Entre las propuestas alternas al modelo neoliberal que desde tiempo atrás ya se venían señalando destacan las siguientes. En primera instancia, las llamadas alternativas funcionales, es decir aquellos modelos que sin alejarse del modo de producción capitalista han logrado una sociedad no sólo con niveles de vida elevados,

sino sin grandes desigualdades. Esas alternativas también han logrado buenos indicadores de empleo, con salarios dignos, seguridad social y acceso a una variedad de servicios de calidad provistos principalmente por el estado, como educación, salud, etc. La referencia de estos modelos funcionales son los países nórdicos, mismos que generalmente tienen los mejores resultados en temas de educación y calidad de vida (ver Tiemer, 2018).

Otras propuestas giran en torno a reformas o soluciones alternativas, mismas que en general coinciden con la necesidad de priorizar el cuidado del medio ambiente y el bienestar común. Entre las soluciones alternativas destacan la economía verde, que apuesta por una transición de largo plazo del sector empresarial en el uso de energía basada en energías altamente contaminantes (petróleo) a una basada en energías menos contaminante (aire, agua, sol), y las ciudades inteligentes, cuya prioridad es la movilidad y comunicación a través de infraestructura y uso de tecnología. También destaca la economía solidaria o economía de solidaridad que como su nombre lo indica promulga por la introducción de niveles crecientes de solidaridad en las actividades, organizaciones e instituciones económicas de tal suerte que se eficienten los beneficios económicos pero también los sociales y culturales y que lleguen a toda la sociedad.

Entre las iniciativas transformativas están el movimiento anti-globalización, cuyos orígenes pueden rastrearse en la “toma” de Wall Street en el despertar de la crisis de 2008. También están aquellas que emanan de experiencias ancestrales al capitalismo, particularmente la vida indígena, como el Buen Vivir y Ubuntu. El primero,

se plantea como una alternativa al desarrollo económico tal como se define y mide en términos convencionales, y propugna por retomar los valores, experiencias y prácticas provenientes de la vida indígena comunitaria, que se centra en la armonía entre los individuos viviendo en comunidad, entre los pueblos y de todos viviendo con la naturaleza (Acosta, 2015). Es importante señalar que el Buen Vivir ha sido incorporado en las constituciones de Ecuador y Bolivia. Por su parte, Ubuntu consiste en un modo de pensar y actuar nacido y extendido en África, basado en la creencia de un vínculo humano universal que supone que conectados se pueden superar retos y adversidades, llamando así a valores como la solidaridad. Aunque geográficamente separadas, el Buen Vivir y Ubuntu tienen bastantes afinidades (ver Cardona, 2018).

Entre las propuestas reformistas están el ecofeminismo, las monedas alternas y el decrecimiento. El primero es una corriente de pensamiento y de activismo que analiza críticamente las creencias del modelo de vida ecocida, patriarcal, capitalista y colonial, que denuncia los riesgos a los que somete a las personas y al resto del mundo vivo. Así, busca reconocer y eliminar los prejuicios dependientes del género de los hombres en donde y cuando se den y con desarrollar prácticas, políticas y teorías que no tengan prejuicios de género (ver, Adams y Warren, 1991).

Por su parte, siguiendo a Hickel (2021), el decrecimiento consiste en una reducción planeada del uso de la energía y recursos para volver a la economía al equilibrio con el medio ambiente. Busca también reducir la desigualdad y mejorar el bienestar humano. La intención es

precisamente reducir el uso de la energía y de insumos en la producción en sectores innecesarios y destructivos, particularmente en naciones que exceden dicho uso, esto es en naciones ricas. Señala que investigaciones recientes indican que se podría terminar con la pobreza y garantizar vidas plenas para cada habitante con 60% menos de la energía que la que actualmente se utiliza. El decrecimiento sugiere también cambiar como métrica de éxito o avance económico al PIB, toda vez que no hay correlación entre el crecimiento de este y mejoras en el bienestar de la población. Sostiene que incluso puede haber avance en las condiciones de vida de la población sin que el PIB necesariamente aumente (fenómeno conocido como la paradoja de Lauderdale). Por ejemplo, si el gobierno en cuestión implementa políticas específicas que generen un aumento del bienestar tales como acceso a vivienda pública o mayor y mejor acceso al servicio de salud pública, etc. Finalmente, destaca que debido a que el objetivo del capitalismo actual es la extracción del excedente, la acumulación por parte de la elite y la reinversión de la expansión es que se ha llegado a este punto de elevada desigualdad y deterioro de las condiciones de vida humanas y ambientales.

Finalmente, el uso de monedas alternas, comunitarias o complementarias ha sido una práctica común en la historia del comercio de la humanidad. Esta estrategia alternativa, que puede acentuarse en comunidades aisladas o bien en aquellas que desean alcanzar cierta independencia y agilizar el comercio, permite entre otros beneficios mantenerse inmune a los vaivenes de los mercados financieros locales y globales, por lo que la moneda se mantiene

estable. Pero quizá más importante es que incentiva el comercial local (y con ello el empleo) y al estar delimitado su uso geográfico conlleva cadenas de distribución cortas, lo que supone la reducción de emisiones. También promueve la sustentabilidad al incentivar el compartir recursos y los mercados de segunda mano. Su implementación, en suma, coadyuva al cuidado del medio ambiente (Gómez-Álvarez y Rodríguez, 2018).

Es importante señalar que incluso desde la visión convencional están emergiendo propuestas que buscan imponer condiciones para que el sistema afecte positivamente a la mayor parte de la población y para que se atienda el problema del deterioro ecológicos. Una de las más importantes fue pronunciada a inicios del 2021 por el grupo de resiliencia del Grupo de las siete economías más poderosas y grandes (el G7 como se conoce tradicionalmente). Esta propuesta, también conocida como el Consenso de Cornwall, es sin duda un parangón con respecto a lo que hasta ahora dicho grupo defendía (la economía neoliberal). Y aunque falta llevarse a la práctica, su mera difusión podría tener ramificaciones reales importantes.

En esencia, el Consenso de Cornwall propone revertir los mandatos neoliberales o del Consenso de Washington, es decir la privatización, la desregulación y la liberalización comercial y financiera. En su lugar, propone lograr metas sociales, crear solidaridad y gobernanza internacional en pos del bien común. De manera interesante, para lograr tales objetivos propone usar exactamente el mismo medio con que se ha impuesto la agenda neoliberal, esto es, la condicionalidad de los

préstamos de instituciones internacionales como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial. Dicha condicionalidad estaría sujeta a descarbonizar, redistribuir y a corregir fallas de mercado (G7 Panel, 2021).

Adicionalmente, recomienda la coordinación de asociaciones público-privadas orientadas a misiones para crear economías resilientes, sostenibles y equitativas. De manera relevante, sugiere aumentar la inversión pública cada año en por lo menos 2% del PIB. Como se sabe, la inversión es el motor del crecimiento económico. Desde la instauración del neoliberalismo, se ha registrado una disminución sostenida absoluta y relativa (en términos de PIB) de la inversión privada, debido, entre otros factores, a la financiarización. Esta se refiere al dominio de activos financieros sobre reales, en la búsqueda de ganancias de corto plazo. Con la reducción de la inversión privada, la creación de empleos le ha seguido el paso. Paralelamente, como se señaló, la política fiscal se ha ceñido a la macro-estabilidad, por lo que la inversión pública tampoco ha crecido. Así que la recomendación (condicionalidad) de aumentar de manera sostenida la inversión pública resulta crucial para diversos objetivos no sólo de crecimiento económico sino también de bienestar social.

Como complemento de lo anterior, propone el acceso equilibrado para todas las empresas a las grandes innovaciones. Estas innovaciones, dicho sea de paso, son generalmente financiadas con recursos públicos (Mazuccato, 2013) por lo que resulta sensato que no sean propiedad exclusiva y por tiempo indefinido de empresas privadas. Lo que en el fondo se está proponiendo es que una de las fuentes principales de la productividad

sea accesible a todas las empresas, de tal suerte que puedan sobrevivir en el mercado. El combo de mayor inversión pública y acceso equilibrado a grandes innovaciones sin duda redundaría en mayor crecimiento acompañado de empleos mejor remunerados.

En el contexto vigente, el G7 Panel hace dos recomendaciones adicionales muy importantes, pues pueden sentar un precedente para actuar en el futuro en situaciones similares, mismas que sin duda ocurrirán. Una recomendación consiste en garantizar acceso equitativo y universal a las vacunas en todo el mundo y reparar la estructura del sector salud. Esto implica evidentemente estar preparados para futuras crisis epidemiológicas con la premisa de que todos los países puedan acceder a los medicamentos para la cura y así evitar la propagación. En todo caso, el logro de tal objetivo implica destinar grandes montos públicos no sólo a fortalecer la infraestructura de salud vigente, sino a ampliarla. La otra recomendación es crear un centro de estudios global centrado en las emisiones y en la descarbonización. Es imprescindible avanzar en el conocimiento de cómo lograr un sistema de producción realmente sostenible.

En suma, las recomendaciones avaladas por el G7 van en sentido contrario de lo que la visión neoliberal implementa. Pero más allá de estas recomendaciones, también hay evidencia de que en la práctica se están instrumentando medidas que, sin romper del todo el modelo, están orientadas hacia la mayoría de la población. Aunque hay ejemplos varios, uno de los más ilustrativos es el paquete fiscal del gobierno estadounidense aprobado este 2021. Los cerca

de US\$ 2 billones están enfocados a inversión en infraestructura, a transferencias y a menores impuestos a trabajadores y a desempleados. Algo hasta hace poco totalmente impensable. Pero no sólo eso, también favorecerá compras gubernamentales a empresas domésticas, con lo que se pretende promover y fortalecer el mercado interno (y con ello el empleo). Aunado a estas medidas, están las comerciales contra socios como China, que en realidad son una forma de proteccionismo, para impulsar por esa vía también el mercado interno. Debe destacarse que también se han emprendido planes para evitar la dependencia en las cadenas globales de valor. Es decir, se están evaluando formas que prevengan los potenciales de cuellos de botella y la inflación que le sigue.

Lo que se está observando implícitamente en Estados Unidos es el reconocimiento de la política fiscal como instrumento clave no sólo para salvar su economía sino como medio para alcanzar metas de crecimiento y de distribución.

Otro ejemplo menos reciente, pero también notorio de la necesidad de reorientar las políticas hacia la mayoría de la población, ocurrió con la decisión de la sociedad británica de salir de la Unión Europea. Esta decisión significó un rechazo de la globalización, misma que conlleva la pérdida de autonomía de política ya sea comercial, cambiaria, monetaria y fiscal. Al perder esa autonomía se vuelve más complejo alcanzar metas de bienestar generalizado.

Finalmente, el confinamiento sanitario que se vivió ha mostrado que existen formas de trabajo que no requieren el traslado obligado a un centro de trabajo ni que sea indispensable

trabajar 40 horas o más a la semana. En este sentido, la pandemia ha dejado claro que se puede ayudar al medio ambiente reduciendo las emisiones al usar menos autos para traslados y por otro lado que jornadas laborales menores son viables, sin pérdidas ni para los empleadores ni para los empleados. Jornadas de trabajo más cortas abren la puerta para más tiempo dedicado a otras actividades.

En suma, hay claros avances teóricos y prácticos en la transición hacia nuevos mecanismos que permitan que la mayoría de la sociedad acceda a un bienestar real sin que se deteriore de manera insostenible el medio ambiente. No obstante, queda bastante por hacer. Por ejemplo, gravar de manera significativa la riqueza, particularmente del 1% súper rico. Sólo así pueden disminuirse las desigualdades imperantes. Falta también relajar la obsesión en la lucha contra la inflación. Aunque es bien sabido que la inflación daña más a los más pobres, es claro que la solución a lo anterior es incrementar su ingreso de manera proporcional o mayor a la inflación. También pueden crecer los servicios públicos para reducir gastos de ese segmento de la población. Un tema que también debe ser evaluado es el de la globalización. Esta debe ser vista como un medio, no como un fin. Tanto la apertura comercial como la financiera no han resultado en mejoras en los niveles de vida de la mayoría de la población. Por otro lado, la forma en que está diseñada la arquitectura financiera internacional requiere ser incorporada en el cambio. En particular, es indispensable que los países con déficit comercial no sean penalizados, como usualmente es el caso. Por el contrario, siguiendo las ideas de Keynes,

sería ideal que exista un fondo de compensación internacional para financiar a dichos países sin socavar su crecimiento ni su independencia de política económica.

Independientemente de todas las propuestas señaladas, es claro que cada país debe diseñar y adoptar aquellas que sean más adecuadas a sus características estructurales. Es decir, debe romperse con la usanza de “una talla, ajusta a todos” y reconocer en primera instancia, entre otras, su estructura productiva, el tipo de bienes que exporta e importa, la tendencia de su balance comercial, para así adoptar las medidas que mejor le ajusten siempre pensando en el beneficio de la mayoría, con sustentabilidad ambiental.

Reflexiones finales

El deterioro social, económico y ambiental que se ha producido bajo el modelo neoliberal han propiciado, cada vez con mayor fuerza, la urgencia de sustituirlo por uno nuevo. La reciente crisis de 2020 es un punto de inflexión al respecto porque evidenció y profundizó tales males. Como se mostró, ya hay opciones varias que buscan ese fin. De manera relevante, esas nuevas alternativas coinciden en la urgencia de producir resultados que afecten positivamente a la mayoría de la sociedad, que le permita vivir de manera digna, y en un ambiente de armonía y de sustentabilidad con el medio ambiente y que también le permita recuperar el sentido de empatía y de solidaridad.

¿Será posible llegar a buen puerto? Es difícil precisar con exactitud hacia qué modelo se llegará, cuál predominará y cuánto tardará en asentarse. Lo relevante en todo caso es que ya se

están dando los primeros pasos y que el retorno no parece ser ya una opción. Quizá la urgencia misma del cambio climático sea un impulsor en la instrumentación de los modelos alternativos y con ellos antes de lo pensado se observe el cambio anhelado.

Referencias bibliográficas

- Acosta, A. 2015. El buen Vivir como alternativa al desarrollo. Algunas reflexiones económicas y no tan económicas, *Política y Sociedad*, vol. 52, no. 2, 229-330
- Adams, C. J. y Warren, K. J. 1991. Feminism and the environment: a selected bibliography, *American Philosophical Association Newsletter on Feminism and Philosophy*, vol. 90, núm. 3, 148-157.
- Aghion, P. y Bolton, P. 1997. A theory of trickle-down growth and development, *Review of Economic Studies*, vol. 64, no. 2, 151-172.
- Cruz, M. y Lapa, J. 2012. Crisis y recuperación económica: el papel de la política fiscal, *Problemas del Desarrollo*, vol. 43, no. 68, pp. 95-116.
- Chancel, L., Piketty, T., Saez, E., Zucman, G. 2022. World Inequality Report 2022, World Inequality Lab.
- Cardona, M. 2018. *Ubuntu : una invitación para comprender la acción política, cultural y ecológica de las resistencias afroandina y afropacífica*, Buenos Aires : CLACSO.
- G7 Panel on Economic Resilience. 2021. Global Economic Resilience: Building Forward Better: The Cornwall Consensus and Policy Recommendations. (Sedwill, M., Wilkins, C., Philippon, T., Mildner, S-A., Mazzucato, M., Kanehara, N., Wong, F. & Wieser, T., Eds.)
- Gómez-Alvarez, R. y Rodríguez, C. 2018. Impacto de las monedas comunitarias: una revisión de la literatura, en R. Gómez-Álvarez, D. Patiño Rodríguez y J.J. Plaza Angulo, (Eds.), *Economía colaborativa...¿De verdad?*, Murcia: Laborum, 167-193.
- Hickel, J. 2021. What does degrowth mean? A few points of clarification. *Globalizations*, vol. 18, no. 21, 1105-1111.
- Klees, S. 2020. Neoclassical economics is dead. What comes next?, *Economics*. The next evolution on economics. <https://economics.com/klees-neoclassical-economics-failed-what-comes-next/>
- Kuznets, S. (1955). Economic growth and income inequality. *American Economic Review*, 45(1), pp. 1-28
- Mankiw, G., Romer, D. y Weil, D. 1992. A contribution to the empirics of economic growth, *Quarterly Journal of Economics*, vol. 107, no. 2, 407-437.
- Mazzucato, M. 2013. *The entrepreneurial State. Debunking public vs private myths*, Anthem Press: London.
- Sandel, M. 2020. *La tiranía del mérito. ¿Qué ha sido del bien común?* Debate: México.
- UNTACD. 2012. *Trade and Development Report. Policies for inclusive and balanced growth*. Geneva: UNCTAD.
- Tiemer, J. 2018. The success of the Nordic countries as a blueprint for small open economies, *Intereconomics*, vol. 53, no. 4, 209-214.